



## EL MALTÉS EN MADRID.

### PRIMERA PARTE.

En la corte de Madrid,  
aplaudida y celebrada,  
residia un caballero,  
que aunque natural de Malta,  
por unos ciertos negocios  
en dicha corte se hallaba.  
Jueves Santo por la tarde,  
con un criado en compañía,  
á visitar las iglesias  
salió y á corta distancia,  
al revolver una esquina  
encontró con una dama  
y una criada detrás  
que á esta señora acompaña.  
Llegándose al caballero  
le dice estas palabras:  
Señor, si como lo muestra  
vuestra presencia hidalga,  
sois noble, no dejareis  
de otorgarme una demanda.  
Yo de mi casa he salido  
sola con esta criada:  
voy á andar las estaciones,  
como devota cristiana;

y porque parece mal  
caminar sola una dama  
de mi porte, yo os suplico  
que vengais en mi compañía.  
Respondió el Maltés: pues yo  
camino á igual circunstancia,  
iré, señora, sirviendo  
de norte á vuestra esperanza.  
Los cuatro caminan juntos  
con armonía y compañía:  
visitaron cinco templos,  
y del último en la grada  
volvió el rostro el caballero,  
y la dice: bella dama,  
ya que hemos andado los templos  
que la Santa Iglesia manda,  
quedad con Dios, porque tengo  
un cuidado de importancia.  
Dijo la dama: señor,  
hasta dejarme en mi casa  
importa me acompañeis,  
pues vuestra persona hidalga  
no ha de permitir que yo  
quede aquí desamparada,



porque ya va anocheciendo  
y esta lejos mi posada:  
á eso, el buen caballero,  
fuerza le fué acompañarla;  
cruzan calles, callejuelas,  
y por fin llegan á casa.  
Quedó el criado á la puerta  
á esperar que su amo salga:  
subió arriba el caballero,  
y en una muy rica sala  
lado á lado se sientan,  
platicando cosas varias,  
cuando vido de improviso,  
por la puerta de la sala,  
entrar á tres embozados  
sin hablar una palabra,  
y empiezan á pasearse  
los tres juntos por la sala.  
Esto que vió el caballero,  
el rostro volvió á la dama,  
diciéndola: ya, señora,  
hora es de que me vaya;  
y sacando su reló  
con caja de oro esmaltada,  
ha dicho: las ocho son,  
y hago falta en mi casa.  
No seais de esa manera,  
ha respondido la dama;  
de nada tengais recelo,  
que son criados de casa  
los tres que mirais presentes,  
la cena está aderezada;  
luego en cenando os ireis.  
Y estando en estas palabras,  
acercóse un embozado  
sin descubrirse la cara,  
y dijo: qué buen reló!  
veámosle, camarada.  
Alargó el reló diciendo:  
reló, persona y mi casa  
están al servicio vuestro.  
Y sin replicar en nada  
se quedó con el reló,  
y dándosele á la dama,  
dijo: recibe, señora,  
aquesta pequeña alhaja  
de un criado de los tuyos;  
y se lo entregó á la dama.  
Viéndose el buen caballero  
en confusion tan estraña,  
en su corazon pedia  
á la Virgen soberana

del Carmen, que le librase  
de aquella infame canalla:  
Y les dice: amigos míos:  
mucho estimaré en el alma,  
que ustedes me den licencia.  
porque es tarde y hago falta,  
que tengo que despachar  
para mi tierra unas cartas.  
Los embozados le dicen:  
caballero, si nuestra ama  
gusta de que usted se quede  
á cenar en su campaña,  
nada pierde usted en ello,  
no hay que replicar palabra,  
que aquí se otorga por fuerza  
lo que no se hace por gaa.  
Oyendo esto el caballero,  
de esta manera les habla:  
pues que me quedo, señores,  
á cenar aquí en compañía,  
un gusto me habeis de hacer,  
pues que tengo yo en mi casa  
un buen vino de un presente  
que recibí esta mañana;  
y así, si quereis, llamad  
á mi criado que le traiga.  
Llaman arriba al criado,  
por escusar que bajara  
el amo, y le diera cuenta  
de lo que allí le pasaba,  
le dice el amo al criado:  
anda, ves ligero á casa,  
y en la papelera grande  
allí encontrarás tapadas  
unas botellas de vino;  
toma las llaves y marcha,  
tráelas, y ven ligero  
que la cena nos aguarda,  
que estoy aquí convidado  
á cenar con esta dama.  
Al tiempo de dar las llaves,  
sin que nadie lo notara,  
le apretó el amo la mano  
con una fuerza estremada.  
Novedad le hizo al criado  
esta accion jamás usada,  
y ver tambien los tres hombres  
que embozados allí estaban.  
Se fué á su casa ligero,  
y abriendo al instante el arca  
en busca de las redomas,  
allí solo halló que estaban



fuertes un par de pistolas.  
 Pasmado quedó al mirarlas,  
 porque discurrió al instante  
 que en aprieto su amo estaba.  
 Salió á la calle corriendo,  
 encontró un camarada  
 y le dió cuenta de todo  
 lo que con su amo pasa.  
 Partiéronse los dos juntos  
 donde está el cuerpo de guardia:  
 dieron cuenta al oficial,  
 el cual al instante manda  
 que vayan diez granaderos  
 con la bayoneta armada.  
 Todos á la casa llegan,  
 á la puerta el criado llama,  
 entran al tiempo que ya,  
 aquella infame canalla  
 tenían al caballero  
 las manos atras atadas,  
 tendido en el duro suelo  
 esperando lo mataran;  
 se arrojan los granaderos  
 sin darles pié de ventaja.  
 A todos los aprisionan,

tambien á la falsa dama;  
 desatan al caballero,  
 que á todos les dió las gracias.  
 Empiezan luego á mirar  
 todos los cuartos y salas;  
 una puerta ven cerrada;  
 las puertas al suelo echaban;  
 todos se quedan confusos  
 al ver lo que dentro hallan:  
 en tres artesas tenían  
 cubiertos de sal y agua  
 á tres racionales cuerpos;  
 y mirando mas la cuádra,  
 encontraron de otros seis  
 las momias embalsamadas  
 arrimadas á un rincón  
 con una estera tapadas.  
 A la justicia avisaron,  
 y acuden con vigilancia,  
 llevan presos á los reos;  
 luego el juzgado mando  
 que aquellos difuntos cuerpos  
 se les dé tierra sagrada,  
 y que á los reos los carguen  
 de prisiones muy pesadas.

## SEGUNDA PARTE.

Al instante que quedaron  
 de la manera que he dicho,  
 vuelven los señores jueces,  
 como les toca de oficio,  
 á entregarse de los bienes  
 de los reos; y al proviso  
 hallaron dentro de un arca  
 muchas joyas y vestidos,  
 relojes de oro y plata,  
 cajas, cadenas, cintillos,  
 y gran cantidad de dinero  
 en plata y oro fino.  
 Les toman declaracion  
 á los presos con sigilo;  
 pero todos cinco niegan  
 temerosos del castigo.  
 Mandan venir al verdugo  
 al instante y de improviso  
 para que por fuerza canten  
 lo que por bien no han querido.  
 Sacan la dama primero.  
 como causa del delito:  
 la ponen en el tormento,

pero luego al instante ha dicho:  
 yo confesaré, señores;  
 suelténme por Jesucristo.  
 Aflojan luego las cuerdas  
 de cáñamo retorcido,  
 y empezó su confesion  
 con lágrimas y suspiros,  
 diciendo: sepan, señores,  
 de mi historia los principios.  
 Es mi nombre Leonarda,  
 y Robles por apellido;  
 nací en la noble Antequera,  
 donde entregada á los vicios,  
 en casa de una vecina  
 lograba mis apetitos.  
 Llegó un caballero un dia  
 muy arrogante y lucido,  
 que es uno de los tres  
 que aquí están presos conmigo.  
 Este despues de lograr  
 mis afectos y cariños,  
 me dijo como á Madrid  
 venia con dos amigos,



á tratar unos negocios;  
 y si gustaba seguirlos,  
 todo cuanto yo mandase  
 estaria á mi servicio.  
 Asi á esta córte llegamos,  
 donde ya hará que vivimos  
 doce años, sin tener  
 hacienda, renta, ni oficio  
 para mantener el fausto  
 de mi persona debido.  
 Como era fuerza buscarlo,  
 discurrimos este arbitrio:  
 salia yo muy compuesta  
 de joyas y de vestidos  
 para traer á mi casa,  
 de mi belleza rendidos,  
 muchos nobles caballeros;  
 y mi fingido marido  
 con los otros caballeros;  
 esperaban prevenidos,  
 y quitándoles la vida,  
 joyas, dinero y vestidos,  
 luego los difuntos cuerpos  
 por escusar el fastidio,  
 los echábamos en sal,  
 por cuatro dias ó cinco,  
 dentro de unas artesas,  
 y despues de consumidos,  
 se iban de noche sacando  
 y se tiraban al rio,  
 de esta suerte, pues, murieron  
 veinte y seis hombres y un niño.  
 Ya he concluido, señores;  
 y ahora clemencia os pido.  
 Sacan despues al galán,  
 y puesto en el mismo sitio,  
 al instante confesó  
 las muertes y latrocinios,  
 con todas las circunstancias,  
 como arriba queda dicho.  
 Luego los dos compañeros  
 han declarado lo mismo;  
 y la criada tambien  
 confesó lo que habia visto.  
 Los señores magistrados  
 pasmados quedan de oirlos;  
 les fiscalizan la causa,  
 y del consejo ha salido,

que primero por las calles  
 á los cuatro arrastren vivos,  
 ahorcándoles despues;  
 y que en cuartos divididos  
 sus cuerpos, para escarmiento,  
 se pongan en los caminos  
 y á la criada la saquen,  
 en pago del buen servicio,  
 emplumada por las calles,  
 que pague lo merecido.  
 Les leyeron la sentencia,  
 y luego les han metido  
 en la capilla, y allí  
 confesados y contritos,  
 sin cesar piden á Dios  
 les perdone sus delitos.  
 El dia cuatro de Julio  
 en esportones metidos  
 los sacaron de la cárcel,  
 y de caridad movidos  
 los congregantes, los llevan  
 en el aire suspendidos,  
 entre guardias por la calle,  
 y asi llegan al suplicio.  
 Los sacan de los serones,  
 y tomando un crucifijo  
 Leonarda, con gran valor  
 y con corazon contrito  
 le dice: Dueño del alma,  
 Criador y Padre mio,  
 me pesa, por ser quien sois,  
 de haberos asi ofendido;  
 misericordia, mi Dios.  
 Y la escalera ha subido;  
 empieza á decir el Credo,  
 llegando al único Hijo,  
 de la escalera la arrojan  
 y quedó cádaver frio,  
 dando muestras de que fue  
 á gozar del Paraíso;  
 y el mismo arrepentimiento  
 los tres hombres han tenido.  
 Cinco horas los tuvieron  
 en la horca suspendidos,  
 despues los hicieron cuartos,  
 y en los reales caminos  
 con duras clavos de hierro  
 los fueron dejando fijos.

FIN.

MADRID, Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.